

terrible, sólo interrumpido por el estertor del moribundo, estertor que fué debilitándose más y más hasta que cesó por completo. Todo había concluído: el anciano estaba muerto.

La marquesa de Auray levantó despacio la cabeza, abrió los ojos llena de ansiedad, y por último, y sin separarlas, introdujo la diestra por la abertura de las cortinas, para tras algunos esfuerzos retirarla junto con la llave. Entonces se levantó silenciosamente, y con el rostro vuelto hacia el lecho se encaminó al armario; pero en el instante en que iba á introducir la llave en la cerradura, Pablo, que espiaba todos los movimientos de la marquesa, entró en el aposento, y asiéndola del brazo, le dijo:

—Deme usted esa llave, madre mía, pues el marqués ha fallecido y los papeles esos me pertenecen.

—¡Justicia divina! exclamó la de Auray retrocediendo llena de espanto y cayendo en un sillón: ¡justicia divina! ¡es mi hijo!

—¡Oh, Dios de misericordia! murmuró Margarita arrodillándose en el otro aposento, ¡es mi hermano!

Pablo abrió el armario y sacó de él la cajita que contenía los papeles.

XVI

Sin embargo, en medio de los premiosos acontecimientos de aquella noche, que, al hacer asistir á Margarita á dos agonías, la condujeran por modo tan providencial al descubrimiento del secreto de su madre, Pablo no había olvidado las palabras de muerte cruzadas la víspera entre él y Lectoure; y como éste probablemente no hubiera sabido dónde encontrarle, el marino creyó del caso ahorrarle la molestia de buscarlo. Á eso de las seis de la mañana, pues, el teniente Walter se presentó en el castillo de Auray, de parte de Pablo, para fijar las condiciones del duelo, y encontró á Manuel en la habitación de Lectoure, quien, al ver al oficial, bajó al jardín para que los dos jóvenes pudieran discutir con omnimoda independencia.

Walter había recibido de su jefe la orden de que aceptase todas las condiciones; así es que la discusión preliminar terminó pronto. Manuel y Walter convinieron en que el duelo se verificaría á las cuatro de la tarde del mismo día, á orillas del mar, junto á la cabaña del pescador situada

entre Puerto Luis y el castillo de Auray. Respecto á las armas, llevarían pistolas y espadas al sitio designado, y una vez en él se resolvería de cuáles deberían servirse los adversarios: con el bien entendido que á Lectoure le correspondía la elección, por ser el insultado.

Respecto de la marquesa, anonadada de pronto, como hemos visto, por la inesperada aparición de Pablo, á no tardar recobró la energía toda de su carácter, y echándose el velo sobre el rostro, salió del aposento mortuorio y atravesó la primera pieza, que había quedado envuelta en sombras. De consiguiente, no vió en ella á Margarita, arrodillada y muda de admiración y de terror. Luego cruzó la marquesa el jardín y entró en el salón donde se desenvolviera la escena del contrato, y una vez en él, á la moribunda luz de las bujías, con los codos en la mesa, la cabeza entre las manos y los ojos clavados en el papel en que Lectoure había ya echado su firma y el marqués trazado la mitad de la suya, pasó el resto de la noche madurando un nuevo plan. De esta suerte, la de Auray vió llegar el día sin haber pensado en tomar el más pequeño descanso; de tal modo aquella alma viril sostenía el cuerpo en que estaba encerrada.

La resolución que tomó la marquesa fué alejar cuanto antes del castillo de Auray á Manuel y á Margarita, pues sobre todo á sus hijos era á quienes quería ocultar lo que probablemente iba á pasar entre Pablo y ella.

Á las siete, y al oír el ruido que hacía el teniente Walter al marcharse, la marquesa tendió la mano, tomó una campanilla y llamó, y á poco

pareció en el umbral del salón un criado que ostentaba la misma librea que en la vispera, lo cual era indicio de que tampoco él se había acostado.

—Diga usted á la señorita Margarita de Auray que su madre la está aguardando en el salón, profirió la marquesa.

Obedeció el criado, y la marquesa tomó de nuevo, taciturna é inmóvil, su primera actitud, hasta que poco después volvió la cabeza al oír un ligero ruido. Era Margarita. La joven, quizá con más respeto que nunca, tendió la mano á su madre para que ésta le diese á besar la suya; pero la marquesa, como si no hubiese comprendido la intención de su hija, no se movió más que una estatua. Margarita dejó caer la mano y aguardó sin proferir palabra. También ella llevaba el mismo traje que en la vispera.

El sueño había pasado por la tierra olvidando al castillo de Auray y á sus habitantes.

—Acérquese usted, dijo la marquesa de Auray. Margarita avanzó un paso.

—¿Por qué, prosiguió la marquesa, está usted tan pálida y tan trémula?

—¡Señora! murmuró Margarita.

—¡Diga usted! repuso la marquesa.

—¡La muerte de mi padre, tan pronta, tan inesperada! balbuceó Margarita. ¡Oh! ¡he sufrido mucho esta noche!

—Sí, profirió la marquesa con voz sorda y fijando en Margarita miradas no exentas de interés; sí, el arbusto se dobla y se deshoja al empuje del viento; sólo la secular encina resiste á todas las tempestades. También yo he sufrido,

Margarita; he pasado una noche terrible. Y, sin embargo, heme tranquila y serena.

—Dios le ha dado á usted una alma fuerte y severa, señora, repuso Margarita; pero no hay que exigir la misma fortaleza y la misma severidad á las almas de los demás; las quebrantaría usted, madre mía.

—Por eso no exijo á la de usted sino obediencia, dijo la marquesa dejando caer su diestra sobre la mesa. Margarita, el marqués ha muerto; Manuel es ahora el jefe de la familia; con él va usted á partir al instante para Rennes.

—¡Yo! exclamó Margarita; ¡yo partir para Rennes! Y ¿por qué?

—Porque la capilla del castillo es demasiado pequeña para celebrar á la vez en ella los esposales de la hija y los funerales del padre, respondió la marquesa.

—¡Madre! dijo Margarita con acento indefinible, pareceme que sería piadoso dejar un intervalo más largo entre dos ceremonias tan opuestas.

—La verdadera piedad, arguyó la marquesa, consiste en cumplir la última voluntad de los difuntos. Fije usted los ojos en este contrato y verá en él las primeras letras del nombre de su padre.

—¡Oh! repuso Margarita, ¿quiere usted decirme si mi padre estaba en su sano juicio y en posesión cabal de su libre albedrío cuando ha trazado estas letras, que ha venido á interrumpir la muerte?

—Lo ignoro, señorita, respondió la marquesa con el tono imperativo y frío que le valiera siem-

pre la sumisión de los que la rodeaban; lo ignoro; pero sí sé que le sobrevive el influjo que le hacía obrar, como sé que los padres, mientras viven, representan á Dios en la tierra. Ahora bien, Dios me ha impuesto órdenes severas, y he obedecido. Haga usted lo que yo, señorita, ¡obedezca!

—Señora, repuso Margarita, siempre en pie, pero ahora inmóvil y un si es no es con el acento decidido y terrible de su madre y que ésta le transmitiera con la sangre; señora, por espacio de tres días, con los ojos arrasados en lágrimas y la desesperación en el alma, me he arrastrado de rodillas, de los pies de Manuel á los de ese hombre, y de los de ese hombre á los de mi padre, y ninguno ha querido escucharme; la ambición desenfrenada ó la locura furiosa apagaban mi voz. Por fin me encuentro en presencia de usted, madre mía, de usted que es la última á quien puedo implorar, como asimismo es usted la que más bien debe comprenderme. Escuche usted, pues, lo que voy á decirle: como sólo debiese yo sacrificar á su voluntad mi dicha, la sacrificaría, y también mi amor; pero tengo que sacrificar á usted mi hijo. Usted es madre, y yo también, señora.

—¡Madre!... ¡madre!... murmuró la marquesa; lo es usted por una falta.

—Como quiera que sea, señora, lo soy, y el afecto de la maternidad no necesita que lo santifiquen para ser santo. Pues bien, señora, —pues usted debe saber más bien que yo estas cosas, —dígame: ¿si los que nos han dado vida han recibido de Dios una voz que habla á nues-

tro corazón, los que han nacido de nosotros no tienen una voz semejante? ¿y cuando estas dos voces se contradicen, á cuál de las dos hay que obedecer?

—No oirá usted nunca la voz de su hijo, respondió la marquesa, pues ya no volverá usted á verle.

—¿Qué no volveré á ver nunca jamás á mi hijo! exclamó Margarita; ¿y quién puede afirmar que así sea, señora?

—El mismo ignorará quién es.

—¿Y si tarde ó temprano lo sabe? dijo Margarita, vencida en su respeto de hija por la crueldad de la madre; ¿y si entonces viene á pedirme cuenta de su nacimiento? esto puede suceder, señora.

Y, tomando la pluma, añadió:

—¿Y en esta alternativa debo firmar?

—Firme usted, respondió la marquesa.

—Pero, prosiguió Margarita poniendo su crispada y temblorosa mano sobre el contrato; ¿y si mi marido conoce un día la existencia de ese niño? ¿si exige satisfacción á mi amante del agravio inferido á su apellido y á su honra? ¿si en un duelo encarnizado, solitario y sin testigos... en un duelo á muerte, mataba mi marido al amante, y luego, atormentado por su conciencia, perseguido por una voz que saldría de la tumba, perdiese la razón?

—¿Cállese usted! exclamó la marquesa llena de pavor, pero sin saber aún si el acaso ó alguna revelación desconocida dictaba las palabras de su hija; ¿cállese usted!

—¿Conque usted quiere, continuó Margarita,

que había dicho ya demasiado para detenerse; conque usted quiere que yo me encierre con un loco, para conservar puro y sin mancha mi apellido y el de mis otros hijos! ¿Conque usted quiere que aleje de mí y de él á todo ser viviente! ¿que me forje un corazón de acero para dejar de sentir, y ojos de bronce para no llorar ya nunca jamás! ¿Conque usted quiere que me vista de luto como una viuda antes de que haya muerto mi marido, y que mis cabellos se vuelvan prematuramente canos!

—¿Cállese usted! ¿cállese usted! interrumpió la marquesa con voz en la que se conocía que la amenaza empezaba á ceder al temor ¿cállese usted!

—¿Conque usted quiere que yo, prosiguió Margarita arrebatada por la amargura de su dolor, para que ese terrible secreto muera con los que lo guardan, aparte de sus lechos funerarios á los médicos y á los sacerdotes, y que, de agonía en agonía, vaya yo misma á cerrar, no los ojos, sino la boca de los moribundos!

—¿Cállese usted! exclamó la marquesa retorciéndose los brazos; ¡por Dios, cállese usted!

—Pues bien, prosiguió Margarita, vuelva usted á instarme para que eche mi firma y sucederá cuanto acabo de decir, y se cumplirá entonces la maldición del Señor: «Las faltas de los padres caerán sobre sus hijos hasta la tercera y la cuarta generación.»

—¿Dios mío! ¡Dios mío! exclamó la marquesa rompiendo en sollozos, ¡cuánta humillación la mía! ¡qué terrible castigo!

—¿Perdón, perdón, señora! dijo Margarita

rendida por las primeras lágrimas de su madre y cayendo de rodillas; ¡perdón! ¡perdón!

—¡Sí, perdón, repuso la marquesa acercándose á Margarita; pide perdón, hija desnaturalizada; pide perdón después de haber empuñado el látigo de la venganza eterna y cruzado con él el rostro de tu madre!

—¡Perdón! ¡perdón! exclamó Margarita; ¡no sabía lo que decía, madre mía! ¡Me había hecho perder usted la razón! ¡Estaba loca!...

—¡Oh, Dios mío! ¡Dios mío! profirió la marquesa extendiendo las manos sobre la cabeza de Margarita; vos habéis oído las palabras que han brotado de la boca de mi hija, y no me atrevo á esperar que vuestra misericordia llegue hasta olvidarlas; pero, en el momento de castigarla, acordaos de que yo no la maldigo.

Dichas estas palabras, la marquesa se encaminó á la puerta; Margarita intentó detenerla, pero aquélla volvió el rostro y miró á su hija con expresión tan terrible, que ésta, sin necesidad de más advertencia, soltó la fimbria del vestido de su madre y permaneció con los brazos tendidos hacia ella, jadeante y sin voz, hasta que la marquesa hubo salido; luego, y cuando ya no la vió, cayó de espaldas dando un grito tan doloroso, que no parecía sino que aquella alma que tanto había padecido acababa por fin de quebrantarse.

XVII

Quizás á mis lectores les admire que después del modo ultrajoso como Pablo, el día anterior, provocara al barón de Lectoure, el duelo no se hubiese fijado para la mañana misma; pero el teniente Walter, encargado de establecer las condiciones del duelo con el conde de Auray, había, como hemos dicho, recibido de su jefe la orden de hacer todas las concesiones, excepto una: Pablo no quería batirse hasta el fin del día. Y es que el joven capitán había comprendido que hasta el momento en que habría desendredado aquel drama singular en el cual, metido al principio como extraño, se encontraba á la postre colocado como jefe de familia, su vida no le pertenecía y, por consiguiente, no le cabía el derecho de arriesgarla. Por lo demás, como lo ven mis lectores, el plazo que se concediera á sí mismo el joven no era largo, y Lectoure, que ignoraba con qué propósito su adversario se reservara este plazo, lo había aceptado sin oponer grandes dificultades. Pablo, pues, resuelto á aprovechar los instantes, tan buen punto

juzgó llegada la hora de presentarse en la habitación de la marquesa, se encaminó al castillo.

Los acontecimientos desenvueltos durante la víspera y en aquel día mismo, habían introducido tal turbación en la noble morada, que Pablo entró en ella sin encontrar criado alguno que lo anunciase; ello no obstante, se internó en los aposentos, siguió el camino que ya hiciera dos veces, y al llegar á la puerta del salón, encontró á Margarita tendida en el suelo y desmayada.

Al ver el contrato arrugado sobre la mesa y á su hermana sin sentidos, Pablo adivinó que acababa de ocurrir un nuevo disgusto entre la madre y la hija, más terrible que el anterior. El joven se acercó á su hermana, la levantó en brazos y entreabrió la ventana para que la diese el aire. El estado de Margarita era más bien una postración de fuerzas que un desmayo real; así es que tan pronto se sintió socorrida con una solicitud que no daba lugar á dudas respecto de los sentimientos del que acudía en su auxilio, la joven abrió de nuevo los ojos y conoció á su hermano, providencia viviente que Dios la enviara para sostenerla cada vez que se sentía próxima á rendirse.

Margarita contó á Pablo como su madre había querido obligarla á firmar el contrato de boda, con objeto de alejarla de sí junto con su hermano, y como, vencida por el dolor y arrebatada por la situación, le había dado á comprender que todo lo sabía. Pablo sospechó lo que en aquella hora debía pasar en el corazón de la

marquesa, la cual, después de veinte años de silencio, de aislamiento y de angustias, y sin que pudiese adivinar cómo, veía su secreto revelado á una de las dos personas á quienes más la interesaba ocultarlo. De ahí que el joven marino, compadeciéndose del suplicio de su madre, resolviera poner cuanto antes término á él, apresurando la entrevista que le llevara al castillo, y en la que debía poner á la marquesa al corriente de las intenciones del hijo, para neutralizar el regreso del cual hiciera lo humanamente posible. Margarita, por su parte, necesitaba alcanzar el perdón de la marquesa; así es que se encargó de ir á informarla de que el joven capitán aguardaba sus órdenes.

Pablo se quedó solo, arrimado á la alta chimenea coronada de un esculpido escudo de la familia, y empezaba ya á engolfarse en los pensamientos á que daban vida en él los sucesivos y no interrumpidos acontecimientos que acababan de convertirlo en el árbitro soberano de aquella casa, cuando de repente se abrió la puerta lateral y dió paso á Manuel, que llevaba un estuche de pistolas en la mano. Pablo volvió los ojos hacia la puerta que acababa de abrirse, y al ver al joven, le saludó con la cabeza y con la expresión suave y fraternal que reflejaba en su semblante la dulce serenidad de su alma. Manuel, al contrario, al devolver el saludo como lo exigía el bien parecer, dejó transparentar en su rostro el sentimiento hostil que en él despertaba el hombre á quien miraba como enemigo personal y encarnizado.

—Iba en busca de usted, caballero, dijo Ma-

nuel colocando las pistolas sobre la mesa y deteniéndose á cierta distancia de Pablo; y, sin embargo, continuó, lo hacía sin saber á punto fijo dónde encontrarle, pues al igual que los genios maléficos de nuestras tradiciones populares, parece usted haber recibido el don de estar en todas partes y en ninguna. Por fin un criado me ha dicho que le había visto á usted entrar en el castillo. Gracias por haberme ahorrado usted la molestia que decidiera yo tomarme, al salir una vez más á mi encuentro.

—Me place, repuso Pablo, que mi deseo, en este caso, aunque probablemente inspirado por causas distintas, haya armonizado con el de usted. Aquí estoy, ¿qué quiere usted de mí?

—¿No lo adivina usted, caballero? respondió Manuel con emoción más y más profunda. En este caso, y permítame usted que me admire, conoce usted muy mal los deberes de un noble y de un oficial, y es un nuevo insulto que usted me infiere.

—Créame usted, Manuel..., profirió Pablo con voz sosegada.

—Ayer me apellidaba usted conde, hoy me llamo el marqués de Auray, interrumpió Manuel con ademán de menosprecio y de orgullo; hágame usted el favor de no olvidarlo, caballero.

Por los labios de Pablo vagó una sutil sonrisa.

—Como decía, prosiguió Manuel, está usted muy poco al corriente de la delicadeza de un noble si se ha dado á entender que yo consentiría que otro evacuase la pendencia que ha venido usted á buscarme. Sí, señor, usted es quien se

ha interpuesto en mi camino, no yo quien le he salido al encuentro.

—El señor marqués de Auray, dijo Pablo sonriendo, olvida su visita á bordo de la *India*.

—Basta de argucias, caballero, y vamos al caso. Ayer, y movido por no sé qué sentimiento singular é inexplicable, cuando le ofrecí á usted, no diré lo que todo noble, lo que todo oficial, sino simplemente lo que todo hombre de corazón acepta al instante sin titubear, se negó usted, y desviando la provocación fué usted á buscar á mi espalda un adversario, no precisamente extraño á la contienda, pero á quien el buen gusto le impedía intervenir en ella.

—Esté usted seguro de que, al obrar como hice, obedecí á exigencias que no me permitían la elección de adversario, repuso Pablo con la misma calma y la misma serenidad que hasta entonces. Usted me ofreció un duelo que yo no podía aceptar contra usted, pero que me era indiferente con otro; estoy harto acostumbrado á luchar, y á luchar de un modo mucho más terrible y mortífero, para que á semejante asunto le dé yo más importancia que á uno de tantos accidentes habituales de mi vida aventurera. Sin embargo, recuerde usted que no soy yo quien ha provocado ese duelo, sino usted quien vino á ofrecérmelo, y que no pudiendo, como le repito que no puedo, batirme con usted, me revolví contra el señor de Lectoure, como lo hubiera hecho contra el señor de Nozay ó el señor de Lajarry; y me revolví contra él, porque se encontraba aquí, á la mano, á mi alcance, y también porque si me veía constreñido á matar á

alguno, prefería matar un necio inútil é insolente, á un valiente y digno hidalgo rural que se creería deshonrado con sólo soñar que llevaba á cabo el trato infame que le propone á usted el barón de Lectoure.

—Bravo, caballero, dijo Manuel riendo; continúe usted desempeñando el papel de enderezador de entuertos y de caballero de princesas oprimidas, y siga abroquelándose con el fantástico escudo de sus misteriosas respuestas. Mientras ese rancio quijotismo no se oponga á mis deseos, á mis intereses y á mis compromisos, dejaré que recorra usted tierra y mar, que vaya de uno á otro polo, y me contentaré con sonreirme al verle pasar; pero en cuanto tal locura se me oponga, como en el caso presente; en cuanto en el seno de una familia de la que soy el jefe encuentre á un desconocido que mande y ordene como amo y señor allí donde solamente yo tengo el derecho de levantar la voz, me dirigiré á él como me dirijo á usted, si me cabe la honra de encontrarle á solas como á usted le encuentro, y seguro entonces de que persona alguna vendrá á interrumpirnos hasta el fin de una explicación indispensable, le diré: «Si no insultado, á lo menos me ha ofendido usted, caballero, al venir á mi casa á contrariarme en mis intereses y en mis afectos de familia. Así, pues, conmigo y no con otro es con quien debe usted batirse, y se batirá usted mal su grado.»

—Está usted en un error, Manuel, repuso Pablo; no me batiré, á lo menos con usted. Es imposible.

—¡Bah! pasaron ya los tiempos de los enigmas,

caballero, exclamó Manuel con impaciencia. Vivimos en una sociedad en la que á cada paso nos codeamos con la realidad. Deje usted, pues, la poesía y lo misterioso á los noveladores y á los trágicos. La presencia de usted en este castillo ha sido señalada con circunstancias sobrado fatales para que debamos añadir lo ilusorio á lo real. Lusignán, de regreso pese á la orden que le condena á deportación; mi hermana, rebelde por la vez primera á la voluntad de su madre; mi padre, muerto á la sola presencia de usted: tales son las desgracias que le han acompañado á usted, que han venido con usted del otro confín del mundo como un cortejo fúnebre, y de ellas me debe usted la satisfacción más cumplida. Así, pues, caballero, hable usted de hombre á hombre, á la luz del día, cara á cara, no como un fantasma que se desliza en las tinieblas y huye á favor de la obscuridad vertiendo frases ultramundanas, proféticas y solemnes, buenas únicamente para amedrentar á las nodrizas y á los niños. Hable usted; ya ve que estoy completamente sereno.

—No soy dueño del secreto cuya declaración me exige usted, contestó Pablo con tranquilidad que hacía contraste con el arrebató de Manuel. Créame y no insista. Adiós.

Pablo dió un paso para retirarse.

—¡Oh! exclamó Manuel abalanzándose á la puerta y cerrando el camino á su interlocutor, no saldrá usted tan fácilmente, caballero. Nos encontramos á solas en este aposento, donde no le he atraído, sino al cual ha venido usted por sus propios pies. De consiguiente, escuche lo que voy

á decirle: á quien ha insultado usted es á mi; á quien debe usted una reparación, es á mi; con quien se batirá usted, es...

—Está usted loco, caballero, repuso Pablo; ya le he dicho á usted que esto era imposible. Ea, franquéeme usted el paso.

—¡Vaya usted con tiento! exclamó Manuel tendiendo la mano hacia el estuche y sacando de él las dos pistolas; ¡vaya usted con tiento, caballero! Después de haber hecho todo lo humanamente posible para obligarle á usted á portarse como un hidalgo, le puedo tratar á usted como á un bandolero. Usted está aquí en casa ajena, y en ella ha entrado sin saber yo cómo ni por qué; si no ha venido usted para robarnos nuestro dinero y nuestras alhajas, lo ha hecho para robar la obediencia de una hija á su madre y la sagrada promesa de un amigo á otro amigo. Como quiera que sea, es usted un raptor á quien encuentro en el instante en que mete la mano en mi tesoro, tesoro de honra, el más preciado de todos. Ea, tome esta arma y defiéndase, créame usted, añadió Manuel arrojando una de las pistolas á los pies de Pablo.

—Puede usted matarme, por más que me cabe el convencimiento de que Dios no consentirá tan horrendo crimen, contestó el joven marino apoyando nuevamente el codo en la chimenea y como si continuase una conversación corriente; pero no me constreñirá á batirme con usted. Se lo he dicho á usted y se lo repito.

—Recoja usted esa pistola, caballero, profirió Manuel; ¡recójala usted, le digo! Usted imagina que mi amenaza es vana: desengáñese usted. En

estos tres últimos días ha agotado usted mi paciencia y henchido de hiel y de odio mi corazón, y en el transcurso de ellos me he familiarizado con todos los planes que pueden desembarazarme de usted: ó duelo, ó asesinato. No se figure usted que el temor al castigo me detenga: este castillo está aislado, y es mudo y sordo. Ahí cerca está la mar, y todavía no dormirá usted en la tumba cuando yo me encontraré ya en Inglaterra. Así, pues, caballero, por última é irremisible vez le digo que recoja esa pistola y se defienda.

Pablo, sin responder, encogió los hombros, y con un pie repelió el arma.

—¡Pues bien! profirió Manuel en el colmo de la exasperación ante la serenidad de su adversario; ya que no quieres defenderte como un hombre, muere como un perro.

Y levantó la pistola á la altura del pecho del marino.

En el mismo instante resonó en la puerta una voz terrible: era Margarita, que regresaba, y que á la primera mirada lo había comprendido todo. La joven se abalanzó á Manuel en el instante mismo en que partió el disparo; pero la bala, desviada por la acción de Margarita, pasó á dos ó tres pulgadas por encima de la cabeza de Pablo y fué á estrellar, tras éste, el espejo de la chimenea.

—¡Hermano mío! exclamó Margarita acercándose de un solo salto al marino y abrazándole: ¡hermano mío! ¿estás herido?

—¡Tu hermano! profirió Manuel dejando caer la todavía humeante pistola. ¿Tu hermano?

—¿Comprende usted ahora, Manuel, por qué no podía batirme con usted? dijo Pablo con la misma tranquilidad que mostrara durante la precedente escena.

En aquel instante la marquesa se presentó en la puerta del salón y se detuvo en el umbral, pálida como un espectro; después tendió en torno de sí una mirada llena de indecible terror, y al ver que ninguno de los presentes estaba herido, fijó en silencio los ojos en el cielo como para preguntarle si por fin se había aplacado su cólera; luego, y tras algunos segundos de permanecer en acción mental de gracias, los bajó y vió á Manuel y á Margarita que estaban arrodillados á sus pies, y cada uno de ellos le tenía cogida una mano y se la cubría de lágrimas y de besos.

—Gracias, hijos míos, dijo la marquesa después de un corto silencio, ahora dejadme á solas con ese joven.

Margarita y Manuel se inclinaron con el más profundo respeto y obedecieron la orden de su madre.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

XVIII

La marquesa cerró la puerta tras sus hijos, avanzó algunos pasos sin mirar á Pablo, fué á apoyarse en el sillón donde, la víspera, se sentara el marqués para firmar el contrato, y permaneció en pie y con los ojos clavados en el suelo. Pablo sintió impulsos de ir á arrodillarse á su vez delante la marquesa: pero era tal la severidad impresa en el rostro de la dama, que el joven reprimió el ímpetu de su alma y permaneció inmóvil y en expectación.

De esta suerte transcurrieron algunos segundos de glacial silencio, hasta que la marquesa lo interrumpió, diciendo:

—Deseaba usted verme, y he venido, caballero; anhelaba usted hablarme, y escucho.

La de Auray vertió estas palabras sin hacer movimiento alguno; más bien le temblaron los labios que no los abrió: no parecía sino una parlante estatua de mármol.

—Sí, señora, repuso Pablo con voz conmovida; sí, deseaba hablar con usted; hace mucho tiempo que por vez primera me asaltó este deseo

y nunca más me ha salido del corazón. Sustentaba yo recuerdos de niño que atormentaban al hombre. Acordábame de una mujer á quien viera en otro tiempo deslizarse hasta mi cuna, y á la que, en mis sueños infantiles, tomaba por el ángel custodio de mis floridos años. Desde entonces, y por más que estaba tan lejana, quépale á usted la certeza, señora, de que más de una vez me he despertado estremecido cual si acabara de sentir en mi frente un beso maternal, y al no ver á nadie al lado mío, llamaba á aquella mujer, en la creencia de que se había alejado y de que tal vez acudiría á mi voz. Veinte años hace que la llamo de esta suerte, señora, y esta es la primera vez que me responde. ¿Sería cierto, señora, como á menudo lo he imaginado con estremecimiento, que á usted la despavoría la sola idea de verme? ¿Será verdad, como en este instante lo estoy temiendo, que usted nada tenía que decirme?

—Y dado que yo hubiese temido su regreso, caballero, dijo la marquesa con voz sorda, ¿hubiera obrado mal? Ayer fué el primer día que se me presentó usted, y he aquí que el terrible misterio que en la hora presente sólo debía ser conocido de Dios y de mí, lo saben mis dos hijos.

—¿Acaso tengo yo la culpa de que Dios se haya encargado de revelárselo? profirió Pablo. ¿Soy yo quien conduje á Margarita, desconsolada y trémula, ante su moribundo padre, del que iba á implorar el apoyo y del que no oyó sino la confesión? ¿Soy yo quien la conduje á casa de Achard, y no fué usted quien allá la siguió? Por lo que respecta á Manuel, el disparo que usted

ha oído y este espejo roto dan fe de que yo prefería morir á no salvar mi vida á expensas de su secreto, señora. No, créame usted: soy el instrumento, no el brazo; el efecto, no la voluntad. Dios, señora, es quien lo ha conducido todo en su providencia infinita para que usted vea á sus pies, como acaba de verlos, á los dos hijos á quienes por tan largo periodo de tiempo ha separado usted de sus brazos.

—Pero existe un tercer hijo, y no sé qué debo esperar de él, repuso la marquesa con voz en la que, por fin, empezaba á transparentarse alguna emoción.

—Déjele usted llenar un último deber, y una vez cumplido, solicitará de rodillas sus órdenes, señora.

—Y ¿qué deber es ese? preguntó la marquesa.

—Devolver á su hermano la representación á que tiene derecho, á su hermana la dicha que ha perdido, y á su madre la tranquilidad que implora y no puede hallar en parte alguna.

—Sin embargo, arguyó llena de admiración la marquesa, gracias á usted el señor de Maurepas ha negado al señor de Lectoure el regimiento que éste le pedía para mi hijo.

—Porque el rey acababa de concedérmelo á mí para mi hermano, dijo Pablo sacando el despacho del bolsillo y poniéndolo sobre la mesa.

La señora de Auray posó la mirada en el documento, y efectivamente vió en él el nombre de Manuel.

—No obstante, prosiguió la marquesa, quiere usted ceder á Margarita á un hombre sin repre-

sentación y sin fortuna... y lo que es más, proscrito.

—Se equivoca usted, señora, repuso Pablo; quiero conceder á Margarita al hombre á quien ella ama; no á Lusignán el proscrito, sino al señor barón Anatolio de Lusignán, gobernador por Su Majestad de la isla de Guadalupe. Aquí está el despacho.

La marquesa fijó los ojos en el pergamino y vió que, como la vez primera, Pablo había dicho la verdad.

—Confieso que con esto quedan satisfechas la ambición de Manuel y la dicha de Margarita.

—Y la tranquilidad de usted, señora, pues Manuel debe agregarse á su regimiento, Margarita sigue á su esposo, y usted se queda sola, ¡ay! como lo ha deseado usted tantas veces.

La marquesa dió un suspiro.

—¡Qué! ¿no es así, señora? ¿me habré equivocado? prosiguió Pablo.

—Pero, murmuró la marquesa, ¿cómo voy á desempeñar mi compromiso con el barón de Lectoure?

—El marqués ha muerto, señora, ¿y no le parece á usted causa suficiente para el aplazamiento de una boda la muerte de un marido, de un padre?

Por toda respuesta la marquesa se sentó en el sillón, tomó recado de escribir, trazó algunas líneas, dobló la carta, escribió en el sobre el nombre del barón de Lectoure y llamó.

Transcurridos algunos segundos, durante los cuales Pablo y su madre permanecieron silenciosos, pareció un criado, á quien dijo la marquesa:

—Dentro de dos horas entregue usted esta carta al barón de Lectoure.

El criado tomó la carta y se fué.

—Ahora que ha hecho usted justicia á los inocentes, perdone usted á la culpada, caballero, prosiguió la marquesa. Usted posee documentos que justifican su nacimiento; es usted el mayorazgo, y, á lo menos según la ley, tiene usted derecho al apellido y á la fortuna de Manuel y de Margarita. ¿Qué exige usted por esos documentos?

Pablo sacó de su bolsillo los papeles á que la marquesa se refería, y tendiendo la mano hacia la llama del hogar, respondió:

—Permitame usted que por una sola vez la apellide madre, y deme usted, por una sola vez, el nombre de hijo.

—¡Es posible! exclamó la marquesa levantándose.

—Usted habla de representación, de apellido y de fortuna, prosiguió Pablo moviendo la cabeza con expresión de profunda melancolía, y para nada necesito de eso. Yo me he creado una posición á que han alcanzado pocos hombres á mi edad: he adquirido un nombre que es la bendición de un pueblo y el terror de otro, y como se me antojara, acumularía una fortuna digna de un rey. ¿Qué me importa, pues, su apellido, su representación y su fortuna, señora, si no puede ofrecerme nada más, ni me da lo que siempre y en todas partes me ha faltado, lo que no puedo crearme, lo que Dios me había concedido y la desdicha me arrebató, lo que solamente usted puede devolverme, una madre?

—¡Hijo mío! exclamó la marquesa, vencida

por la voz y las lágrimas de Pablo; ¡hijo mío!... ¡hijo mío!

—¡Ah! profirió el joven dejando caer los papeles en la llama, que los devoró en un instante; ¡ah! ¡por fin ha salido de su corazón ese grito tan ansiado por mí, tan solicitado, tan implorado! ¡Gracias, Dios mío, gracias!

La marquesa se había caído de nuevo en el sillón, y Pablo estaba de rodillas y con la cabeza escondida en el seno de su madre.

—Mírame, dijo por fin la de Auray levantando la cabeza á su hijo. Estas son las primeras lágrimas que derraman mis ojos después de veinte años. Dame la mano, añadió la marquesa tomando la del joven y colocándola sobre su pecho; este es el primer gozo que, desde hace veinte años, hace latir mi corazón. Ven á mis brazos; esta es la primera caricia que prodigo y recibo de veinte años á esta parte. Los veinte años últimamente transcurridos son indudablemente mi expiación, pues Dios me da, me devuelve las lágrimas, el gozo y las caricias... ¡Gracias, mi Dios! ¡gracias, hijo mío!

—¡Madre! profirió Pablo.

—¡Y yo temía verte! ¡y al verte de nuevo me estremecía! ¡Yo ignoraba... yo no sabía qué afectos dormían en mi propio corazón! ¡Oh! ¡te bendigo! ¡te bendigo!

En esto se oyó el doblar de la campana de la capilla, y al fúnebre tañido la marquesa se estremeció. Había llegado la hora de los funerales. El cuerpo del noble marqués de Auray y el del pobre Achard iban á ser restituidos á la tierra.

—Esta hora debe ser consagrada á la oración, dijo la marquesa levantándose. Me retiro.

—Parto mañana, madre mía, ¿no volveré á verla á usted? profirió Pablo.

—¡Oh, sí, sí! exclamó la marquesa. ¡Oh! ¡quiero verte otra vez!

—Pues bien, madre mía, esta noche me encontraré en la entrada del parque. Hay en él un lugar sagrado para mí, un lugar al cual me cumple hacer una visita postrera: allí la aguardaré á usted. Allí es donde debemos despedirnos, madre mía.

—Iré, dijo la marquesa.

—Tome usted, repuso Pablo, tome usted, madre mía, aquí están este diploma y este nombramiento; el uno es para Manuel y el otro para Margarita. Proceda de manos de usted la dicha de sus hijos. Créame usted, madre mía, yo soy á quien ha dado usted más.

La marquesa fué á encerrarse en su oratorio. En cuanto á Pablo, salió del castillo y se encaminó á la cabaña de pescador, adonde ya le hemos visto dirigirse una vez; para allí había citado á Lectoure; allí era donde le aguardaban Lusignán y Walter.

Á la hora convenida para el duelo, Lectoure pareció á caballo, orientándose del mejor modo posible para llegar al lugar de la cita, por serle desconocidas, así como al criado que le acompañaba, aquellas localidades.

Al ver al barón, los jóvenes salieron de la cabaña, y reparando aquél en ellos, se les acercó, apeándose al encontrarse á una distancia con-

veniente y echando las riendas de su caballo sobre el brazo de su criado.

—Ustedes dispensen, señores, si llego solo y como una avanzada, dijo Lectoure acercándose á los que le estaban aguardando; pero la hora elegida por el caballero, añadió haciendo una cortesía á Pablo, que se la devolvió, era precisamente la fijada para los funerales del marqués: he dejado, pues, á Manuel que llenase sus deberes de hijo y me he venido sin testigo, esperando habérmelas con un adversario bastante generoso para prestarme uno de los suyos.

—Estamos á sus órdenes, señor barón, contestó Pablo; ahí mis dos padrinos. Elija usted, y aquel á quien honre usted con su elección lo será de usted al instante.

—Le juro á usted que no tengo preferencias, repuso Lectoure; designe usted mismo cuál de esos dos caballeros destina usted á prestarme este favor.

—Walter, dijo Pablo, póngase usted al lado del señor barón.

El teniente obedeció, y los dos adversarios se saludaron nuevamente.

—Ahora, caballero, prosiguió Pablo, permítame que ante nuestros testigos respectivos le diga algunas palabras, no por vía de satisfacción, sino de aclaración.

—Diga usted, caballero, repuso Lectoure.

—Cuando le dirigí á usted las palabras que le han traído aquí, lo que ha pasado de ayer acá estaba todavía oculto en lo porvenir, porvenir inseguro que podía haber venido acompañado de la desventura de toda una familia. Usted tenía

en su pro á la señora de Auray, á Manuel y al marqués, y Margarita solamente á mí. Luego, todas las probabilidades de triunfo estaban á favor de usted; por esta y no por otra razón me dirigí á usted directamente, pues de sucumbir yo á manos de usted, Margarita, por causas que le serán á usted eternamente desconocidas, no podía tomarle por esposo, y si usted sucumbía á las mías, el asunto se simplificaba aún más, por lo que todo comentario huelga.

—No puede ser más lógico el exordio, caballero, repuso el barón sonriendo y sacudiéndose con el látigo las botas: vamos al cuerpo del discurso, si le place.

—Ahora todo ha cambiado, prosiguió Pablo inclinándose en señal de asentimiento: el marqués ha fallecido, Manuel tiene su despacho, la marquesa renuncia á la alianza con usted, por muy honrosa que sea, y Margarita casa con el señor barón Anatolio de Lusignán, á quien, por esta causa, no le he cedido á usted por testigo.

—¡Ah! ¡ya! profirió Lectoure, ahora comprendo el significado del billete que un criado ha puesto en mis manos al salir yo del castillo. ¡Y yo que he sido bastante bobo para tomarlo por un aplazamiento! Al parecer, era una despedida en toda regla. Perfectamente, caballero; estoy aguardando la peroración.

—Será también sencilla y franca, caballero. No le conocía á usted ni deseaba conocerle; pero el acaso nos puso frente á frente movidos por intereses contrarios, y vino la provocación; y es que desconfiando yo del destino, como ya le he dicho á usted, quise acudir en su ayuda. Hoy

mi muerte ó la de usted sería completamente inútil y sólo añadiría un poco de sangre al desenlace del drama. Con franqueza, caballero, ¿Usted cree que vale la pena de derramarla?

—Quizás abundaría en su parecer, caballero, respondió Lectoure, si no hubiese venido de tan lejos. Ya que no me cabe la honra de casar con la señorita Margarita de Auray, quiero á lo menos tener el placer de cruzar mi espada con la de usted. No se dirá que he venido á Bretaña porque sí. Cuando usted guste, caballero, añadió Lectoure desenvainando su acero y saludando á su adversario.

—Á sus órdenes, señor barón, dijo Pablo con igual cortesía é imitándole.

Los dos jóvenes avanzaron un paso á su reciproco encuentro, chocaron las hojas, y al tercer pase la espada de Lectoure fué á parar á veinte pasos de éste.

—Antes de desenvainar la espada, dijo Pablo á Lectoure, le he ofrecido á usted una satisfacción; ahora, caballero, sería para mi ocasión de plácemes si se dignase aceptar mis disculpas.

—Esta vez las acepto, caballero, repuso el barón con la misma indiferencia que si no hubiese ocurrido cosa alguna. Recoja usted mi espada, Dick. Ahora, caballeros, prosiguió Lectoure tomando el arma de manos de su criado y envainándola nuevamente, si alguno de ustedes tiene algo que mandar para París, allá me vuelvo en línea recta.

—Diga usted al rey, caballero, profirió Pablo haciendo una reverencia y envainando á su vez su acero, que me felicito por haber quedado pura

de la sangre de uno de mis compatriotas la espada que me dió para combatir contra los ingleses.

Ambos jóvenes se saludaron; Lectoure se subió de nuevo sobre su caballo, y al encontrarse á unos cien pasos de la playa, tomó directamente el camino de Vannes, mientras su criado se dirigía al castillo en busca de su silla de postas.

—Ahora, señor Walter, dijo Pablo, envíe usted un bote al ancón más inmediato al castillo de Auray, y haga porque todo esté preparado á bordo de la fragata para levar anclas esta noche.

El teniente se volvió á Puerto Luis, y los dos amigos entraron nuevamente en la cabaña.

Interin, Manuel y Margarita cumplieron el funebre deber al cual les llamara la campana funeraria. El marqués fué colocado en la blasonada sepultura de su familia, y Achard enterrado en el humilde cementerio contiguo á la capilla. Luego los dos hermanos subieron otra vez para reunirse á su madre, que entregó á Manuel el deseado despacho y dió á Margarita el tan inesperado consentimiento, y para no renovar emociones tanto más dolorosas cuanto los que las sentían las encerraban en sus corazones, madre é hijos se besaron por última vez y se separaron intimamente convencidos de que no volverían á verse nunca jamás en la tierra.

El resto del día lo emplearon Manuel y Margarita en hacer sus preparativos de viaje, y, al anochecer, la marquesa salió del castillo para acudir á la cita que le diera Pablo.

Al atravesar el patio, la dama notó á un lado un coche dispuesto para emprender la marcha,

y al otro al joven guardia marina Arthur y dos marineros, y á vista de aquellos dobles preparativos, se le oprimió el pecho. Sin embargo, prosiguió adelante y se internó en el parque, sin ceder á la emoción que sentía; de tal manera la dilatada reacción del orgullo contra la naturaleza le había dado fuerzas sobre sí misma.

No obstante, al llegar á un claro desde el cual se divisaba la casa de Achard, la marquesa, sintiendo que le flaqueaban las rodillas, se detuvo, y arrimándose á un árbol se oprimió el corazón con la diestra cual si hubiese querido acallar sus latidos; y es que, parecida á esas almas á quienes el peligro presente no ha conseguido conmover, y se estremecen al recuerdo del riesgo pasado, recordaba cuántos temores y cuántas emociones la habían asaltado durante los últimos veinte años, en los que diariamente se presentara en aquella casa, cerrada ahora para no volver á abrirse nunca jamás. Sin embargo, pronto dominó su desfallecimiento, y anudando su camino llegó á la puerta del parque, donde volvió á detenerse.

Sobresalía de todos los árboles la copa de una gigantesca encina, de la que se descubría el follaje desde varios puntos del parque.

La marquesa había pasado, con frecuencia, horas enteras con los ojos fijos en la verde bóveda de aquel árbol, pero sin atreverse nunca á ir á descansar á su sombra. Con todo, aquel era el sitio donde, según prometiera, debía reunirse á Pablo, y donde éste la estaba aguardando.

Por fin, la marquesa hizo un postrer esfuerzo sobre sí misma, penetró en el bosque, y desde

lejos vió á un hombre arrodillado y orando: era Pablo.

La de Auray se acercó lentamente al joven, y arrodillándose á su vez, oró con él. Luego, ya terminadas sus oraciones, ambos se levantaron, y, sin proferir palabra, la marquesa rodeó el cuello del joven con su brazo derecho y apoyó la cabeza en su hombro.

Tras algunos instantes de silencio y de inmovilidad, llegó hasta ellos el ruido de un coche.

La marquesa se estremeció é hizo seña á Pablo de que escuchase: era Manuel, que iba á incorporarse á su regimiento. Al mismo tiempo Pablo tendió la mano en la dirección opuesta á la del ruido, y mostró á la marquesa un bote que, ligero y silencioso, se deslizaba por la superficie del mar: era Margarita, que se dirigía á bordo de la fragata.

Escuchó la marquesa el ruido del coche mientras pudo oirlo, y siguió con la mirada el bote hasta que le fué posible divisarlo; luego, cuando el primero se hubo apagado en el espacio y el otro desaparecido en la obscuridad, se volvió hacia Pablo y fijó en el cielo los ojos, comprendiendo que había llegado la hora de que aquel en quien se apoyaba, á su vez debía separarse de ella.

—Dios bendiga como yo bendigo, profirió la marquesa, al hijo piadoso que ha sido el último en abandonar á su madre.

Y haciendo un llamamiento á todas sus fuerzas, besó por la postrera vez al joven, que estaba arrodillado á sus pies, y arrancándose luego de los brazos de éste tomó de nuevo, y sola, la vuelta del castillo.

Al día siguiente, los habitantes de Puerto Luis buscaron en vano, en el sitio donde todavía la vieran la vispera, la fragata que desde hacía quince días estaba estacionada en la abra exterior de Lorient. Como la vez primera, había desaparecido sin que aquéllos pudiesen adivinar la causa de su llegada ni la de su partida.

EPÍLOGO

Cinco años después de los acontecimientos que acabamos de narrar, la independencia de los Estados Unidos había sido reconocida. Nueva York, última plaza fuerte ocupada por los ingleses, acababa de ser evacuada. El estampido del cañón, que resonara á un tiempo en el mar de la India y en el golfo de Méjico, dejó de conmover ambos océanos. Washington, en la solemne sesión del 28 de diciembre de 1783, había presentado la dimisión de su cargo de general en jefe y retirádose á su hacienda de Montvernón, sin otra recompensa que la de recibir y enviar sus cartas libres de franqueo.

También la tranquilidad de que empezaba á disfrutar América se extendía á las colonias francesas de las Antillas, que, por haber tomado parte activa en la guerra á favor de los Estados Unidos, viéranse repetidas veces constreñidas á defenderse contra las tentativas hostiles de la Gran Bretaña. Entre las mencionadas islas, la de Guadalupe había sido particularmente ame-